

Entrevistas a Luis García Jambrina

- Entrevista de Antonio Rodríguez Jiménez para *Cuadernos del Sur* (Córdoba).
- Entrevista de Jesús Hernández para *La Opinión de Zamora* (Córdoba).
- Entrevista de Javier Sánchez Zapatero para *Tribuna Universitaria*.
- [Entrevista](#) de Nicolás Miñambres para el suplemento cultural "El Filandón", del *Diario de León*.
- [Fernando de Rojas, investigador en Salamanca](#). Miguel Ángel Villena. *El País*.
- [Entrevista](#) de Manuel de la Fuente para *ABC*, 17 de noviembre de 2008.
- [Luis García Jambrina escritor: "La cultura clásica parece una especie a extinguir"](#). Entrevista de Roberto Miranda Zaragoza, para *El periódico de Aragón*, 14 de diciembre de 2008.
- [Fernando de Rojas es un inmenso misterio](#). Entrevista de Antón Castro para *El Heraldo de Aragón*, 14 de diciembre de 2008.
- [Entrevista](#) de Care Santos para *Latormentaenunvaso.com*, diciembre de 2008.
- [Luis García Jambrina por Luis García \[Fernández\]](#) para *Literaturas.com*, 11 de septiembre de 2009.
- Entrevista de Aurelio Loureiro para la revista *Leer*, noviembre de 2009.

Reseñas de *El manuscrito de piedra*

- [El doble misterio de La Celestina](#), reseña de Juan Francisco Ferre para el *Diario Sur*, 6 de febrero de 2009.
- **Escrito en piedra con miniaturas literarias**, reseña de Rosa Navarro Durán para *Ínsula*.
- [Celestina en el infierno](#), reseña de Tino Pertierra en el suplemento cultural de *La Nueva España* (Asturias).
- **Una hipótesis inteligente sobre el autor de La Celestina**, reseña en "El Faro de las letras", suplemento cultural de *El Faro de Murcia*, 21 de noviembre de 2008.
- **Sugestiva visión de la Salamanca prerrenacentista**, reseña de Nicolás Miñambres para el suplemento cultural "El Filandón" del *Diario de León*, 23 de noviembre de 2008.
- **La Salamanca de Rojas** por Antonio Colinas para *La Gaceta de Salamanca*, 30 de noviembre de 2008.
- **Futuro necesario**, reseña en "El Cultural" de *ABC*, 13 de diciembre de 2008.
- [Crítica literaria de Javier Fernández de Castro](#) en *El Boomerang*, 7 de enero de 2009.
- **Salamanca, espejo oscuro**, reseña de Juan I. García Garzón sobre el *Viaje al fondo de la Cueva*, en el suplemento "Cultura y Espectáculos" de *ABC*, 8 de septiembre de 2009.
- **Salamanca, naturalmente**, reseña en el suplemento "Culturas" de *La Voz de Galicia*, 12 de septiembre de 2009.
- **El misterio de La Celestina**, reseña de Sergio Vila-Sanjuán para el suplemento "Culturas" de *La Vanguardia*, 23 de septiembre de 2009.

Entrevista de Antonio Rodríguez Jiménez para *Cuadernos del Sur* (Córdoba)

¿Por qué sitúas tu novela "El manuscrito de piedra" en la Salamanca de finales del siglo XV?

El momento y la ciudad me vinieron, de alguna forma, impuestos por el personaje central, pues para mí son inseparables de él. Por otra parte, yo ya había situado algunos cuentos en Salamanca, un lugar que me es muy cercano y, al mismo tiempo, se me presenta muy ficcionalizado y connotado literariamente. De alguna manera, la ciudad es la verdadera protagonista del libro. No es un mero escenario de la novela, sino un lugar donde los personajes viven y se afanan cada día. Por eso, he querido hacerla bien visible para el lector; mostrar sus calles, su peculiar fisonomía y sus diferentes lugares: desde la Universidad, la catedral y los conventos hasta los mesones, las tabernas y la mancebía, sin olvidarme de la Salamanca oculta y legendaria. En un momento, además, de gran agitación y cambio, es el paso de la Edad Media al Renacimiento.

El protagonista es nada menos que Fernando de Rojas, estudiante de Leyes y de otras materias. Muestras a un personaje que se eterniza en su estatus de estudiante, pero a la vez muy bien relacionado con las altas esferas eclesiásticas de la ciudad. ¿Era así el Rojas real? ¿Era así el Rojas real?

No podemos saberlo, puesto que de la vida del Fernando de Rojas real no conocemos con certeza casi nada; es una figura enigmática. Casi todo lo que rodea a *La Celestina* y a su autor –o autores– es un misterio, y eso me interesaba mucho. Naturalmente, he incorporado a su biografía lo poco que sabemos de él y algunos rasgos que se le atribuyen, como su condición de converso, que es un aspecto fundamental en la novela. A partir de ahí, he intentado crear un personaje verosímil y atractivo. Yo lo convierto, desde la admiración, en una especie de detective que por obligación tiene que investigar un crimen. Se trata, naturalmente, de un personaje muy complejo, con sus virtudes y sus debilidades. Es un hombre ya del Renacimiento, un humanista, con una gran inteligencia, una mente deductiva y una curiosidad infinita, pero también algo ingenuo. Desde muy joven, ha vivido consagrado al estudio, y muy pronto se da cuenta de que no todo está en los libros y de que estos no bastan para conocer la verdad. Es también un antihéroe heroico. Al final, ese proceso de investigación por todos los lugares y estamentos de la ciudad será también un proceso de búsqueda de la verdad y de transformación personal.

En la novela hay asesinatos, investigaciones y pasiones. ¿Está tu historia muy vinculada a la actualidad en relación a los gustos literarios?

Evidentemente, la novela tiene una parte que conecta con eso. Pero no debemos olvidar que, en la tragedia griega, también hay muertes violentas, pasiones desatadas y personajes movidos por el deseo de saber lo que ha ocurrido. Para ello, basta leer *Edipo rey*. Lo que ocurre, en la actualidad, es que muchas novelas se reducen exclusivamente a eso, siguiendo, además, fórmulas muy manidas. En mi novela, hay crímenes, pasiones y una investigación policíaca, pero hay muchas cosas más: junto al proceso de investi-

gación, hay un proceso de conocimiento y de aprendizaje y una exaltación de la vida y de la cultura, que para mí son inseparables.

Rojas de convierte en un de investigador que deberá resolver una serie de crímenes, alguno de ellos tan secreto que ni siquiera se puede admitir como crimen. ¿Eran así realmente las intrigas de esa época?

Hay que tener en cuenta que trata de una época especialmente turbulenta y conflictiva, con muchos intereses enfrentados, incluso dentro del propio seno de la iglesia: el obispo frente al cabildo, los dominicos frente a los franciscanos. Luego, está la situación de los conversos, acosados por la Inquisición; la llegada del Humanismo, que encuentra una gran oposición; la aparición de algunos heterodoxos; y las luchas de poder dentro de la Universidad. Por otra parte, la política unificadora de los Reyes Católicos también generó muchos disidentes y descontentos. Uno de los personajes reales de mi novela fue uno de los inspiradores de la revuelta comunera que tuvo lugar unas décadas después, así como del «Proyecto de Ley Perpetua de las Comunidades», con el que los comuneros pretendían defender la soberanía local y limitar el poder del Rey.

¿Qué hay detrás de “El manuscrito de piedra”?

En primer lugar, hay una gran fascinación por una figura, una ciudad y una época, a las que de alguna manera rindo un homenaje, al tiempo que las evoco y les doy vida en una obra de ficción. Por otra parte, hay mucho trabajo de documentación. Para su creación, he partido de unos datos muy precisos, pues yo siempre invento a partir de la realidad; de modo que he consultado numerosos libros, planos, documentos, imágenes... y he visitado una y otra vez los diversos lugares de la novela o lo que queda de ellos. Es decir, he practicado el método de la inmersión histórica. Yo creo que hay muchas historias y aspectos adonde la Historia no llega y se hace, por tanto, necesaria la ficción.

¿Se trata de una novela histórica o es una ficción?

Es una ficción histórica, y, por lo tanto, una mezcla de Historia, invención y leyenda. Por otra parte, “El manuscrito de piedra” participa de muy diversos géneros: novela histórica, detectivesca, de aventuras, fantástica, de aprendizaje, de campus..., unos propios de la novela popular y otros de la novela culta. “El manuscrito de piedra” participa, en mayor o menor medida, de todos ellos, para al final trascenderlos o llevarlos un poco más allá, gracias a su alcance simbólico. Por lo general, cuando se habla de experimentación e innovación en la novela, se hace hincapié en la experimentación formal, pero yo creo que también se experimenta e innova mezclando géneros o tratando algunos temas y asuntos de manera distinta.

El laberinto de subterráneos y cuevas que describes en tu libro ¿está basado en hechos reales?

Está basado en hechos legendarios, referidos a una época en la que no había una distinción clara entre Historia y leyenda, conocimiento mítico y conocimiento racional. Naturalmente, también hay mucho de invención en ello. Dentro de la novela, se trata de un recorrido real y simbólico a la vez; forma parte del proceso de búsqueda e investigación, del proceso de aprendizaje del protagonista y del proceso simbólico de la

novela. Es un lugar lleno de aventuras, peligros y sorpresas y, al mismo tiempo, un símbolo muy complejo.

¿Cómo se te ocurrió entrar tan de lleno en el mundo de la novela?

Fue de forma azarosa e impremeditada, como suele ocurrir con las cosas que más nos interesan. Yo ya había intentado en dos ocasiones escribir una novela, pero no lo había conseguido. En este caso, fue el personaje de Rojas el que tiró de mí con tal fuerza que no me quedó más remedio que dejarme llevar. Sin haberlo buscado, una mañana me di cuenta de que vivía dentro de una novela, de que estaba atrapado por un mundo de ficción que, para mí entonces, era más real aquel en el que aparentemente habitaba. Día y noche convivía con mis personajes, sentía lo mismo que ellos, me movía por los mismos lugares. Cuando te ocurre eso, ya no hay vuelta atrás; es como un veneno, y ya no puedes dejarlo hasta que no pones el punto final. Ahora tengo mono de escritura y no hago más que pensar en el momento de volverme a enganchar con otra.

Dejas al final una puerta abierta, lo que quiere decir que podrías seguir abundando en otras aventuras de la mano de Fernando de Rojas.

En el epílogo que cierra la novela, cuento lo que fue de algunos personajes y, al mismo tiempo, dejo abiertas algunas puertas, planteo nuevos enigmas, hago algunas insinuaciones. Lo cierto es que, cuando terminé de escribir la novela, me daba pena despedirme de Rojas y algunos otros personajes. Así que empecé a pensar en posibles situaciones y aventuras en otros escenarios. Ahora que muchos lectores comienzan a decirme que se han encariñado con esos mismos personajes y que les gustaría leer más sobre ellos todo eso se ha concretado un poco más. De alguna manera, se lo debo, a los lectores y a mis personajes.

¿Preparas ya la siguiente?

De momento, tan sólo la tengo en mente. Por eso, prefiero no hablar de ella, pues soy de los que piensan que el que habla no escribe; el que cuenta sus ideas y proyectos nunca llega a realizarlos. Para mí, la escritura tiene algo de aventura; y no quiero saber lo que voy a escribir ni adónde voy a ir a parar hasta que no me pongo a ello, que espero sea muy pronto.

Entrevista de Jesús Hernández para *La Opinión de Zamora*

Estudios críticos sobre diversos autores, ensayos, relatos... Y, de pronto, sin previo aviso, una novela: *El manuscrito de piedra*.

Este era un sueño largamente acariciado. La he escrito casi en secreto, sin contarle nada a nadie. La novela era mi asignatura pendiente, y por fin la he visto terminada y, en pocos meses, publicada. Yo he disfrutado y aprendido mucho escribiéndola. Ahora, se trata de compartirla con los demás e intentar sacar tiempo para escribir la siguiente. Ya no concibo la vida sin estar metido en la escritura de una novela. Es algo que engancha y "envenena".

¿Comenzar la andadura novelística con la editorial Alfaguara, una de las grandes, no le da vértigo?

Me da alegría y confianza sobre todo, pues es una editorial con prestigio y una amplia distribución. Es importante, para empezar, que el libro se vea en las librerías y que los lectores sepan de su existencia. Luego, confío en el boca a boca.

Y ha demostrado, con *El manuscrito de piedra*, que no sólo de poesía y Claudio Rodríguez vive la escritura de Luis García Jambrina.

Como lector, leo casi de todo. Como investigador y crítico, me he centrado en la poesía, especialmente en la de Claudio Rodríguez. Como escritor, lo único que ahora me interesa es la narrativa; no sólo la novela, también los cuentos, que he seguido publicando en periódicos, revistas y antologías.

"Especialista en la obra de...", se apuntaba a veces. Y era cierto. ¿Eso es bueno...o eso, en el fondo, resulta limitador?

En un momento de tu carrera universitaria, puede ser bueno ser reconocido como especialista en algo, pero luego resulta tremendamente limitador. Si te dedicas a trabajar sobre cosas muy diferentes, no te consideran en ninguna.

"El manuscrito...". Novela histórica. Y mucho más. ¿El componente simbólico le distancia de muchas de las obras incluidas en ese género?

Es una novela que participa de muchos géneros, no sólo de la novela histórica, también de la novela policíaca, fantástica, de misterio, de aventuras, pero que, al final, los trasciende todos por su alcance simbólico y su mirada irónica. Y en esto se diferencia de las novelas históricas al uso. De todas formas, el componente histórico es fundamental. Se trata de una época, la de finales del XV, realmente fascinante, de mucha agitación y cambio. Es el paso de la Edad Media al Renacimiento.

¿Casos y situaciones de aquella España siguen ahí, en este siglo XXI, aunque con otras formas?

Por supuesto. No sería difícil hacer analogías entre ambas épocas. Siempre se ha dicho que el pasado puede ayudarnos a entender nuestro presente. La novela está llena de guiños irónicos en este sentido.

Detrás del relato y de la trama hay un simbolismo: la defensa de la libertad y de la tolerancia. ¿Hay que salvaguardarlas, hoy, más que nunca?

Nunca hay que bajar la guardia. Las sociedades y las formas cambian, pero los problemas son siempre los mismos. Ayer les tocó a unos; hoy les toca a otros. Sobre todo, hay que desconfiar de los que dicen que quieren salvarnos. Esos son los peores.

¿Fernando de Rojas necesitaba, a estas alturas, un homenaje?

Nunca está de más recordar a las grandes figuras de la literatura, sobre todo si no se sabe mucho de ellas y constituyen un enigma, como es el caso de Fernando de Rojas. Yo he querido darle vida en una ficción, convertirlo en una especie de detective y en un hombre del Renacimiento, interesado en todo tipo de saberes. También en un converso consciente de su situación, no exento de contradicciones y debilidades.

Usted no tiene buen concepto de fray Diego de Deza, el zamorano. Lo presenta, más o menos, como un "tropa". ¿El obispo no estaba libre de pecado, de muchos pecados y flaquezas?

Debo advertir que hay varios zamoranos entre los personajes principales de la novela: fray Antonio de Zamora, fray Germán de Benavente y Diego de Deza. Los dos primeros son muy simpáticos y están llenos de humanidad, aunque no dejan de tener sus flaquezas. En cuanto a Deza, yo diría que es un personaje interesante y complejo, y, desde luego, muy ambicioso: después de ser preceptor del príncipe don Juan y obispo de Salamanca, fue Inquisidor General y arzobispo de Sevilla y de Toledo, si bien no llegó a tomar posesión de este último cargo a causa de su muerte.

¿El Humanismo está de capa caída... por la ignorancia de muchos, de tantos, y la desatención institucional? ¿Ellos se lo pierden?

Me temo que, como sigamos así, vamos a perder todos. Al igual que ocurría en aquella época, se hace necesario volver a las fuentes de nuestra cultura; y, para ello, hay que mantener y cuidar los estudios clásicos.

Crisis por todos los sitios. En la Universidad, ¿no? ¿O ya tenía asiento, desde antaño, en ella?

El momento en el que sitúo la novela es una época de crisis, esto es, de cambio y transformación, a causa de la llegada de las corrientes humanistas. En este caso, el cambio fue para mejor, pues en ese momento empieza un período de esplendor para la Universidad salmantina y, por tanto, para la ciudad.

¿Qué piensa el filólogo de la manera, sincopada -mensajes y no sé cuántas cosas más-, de expresarse del mocerío?

Es una forma de escritura urgente, como la taquigrafía. Lo malo es cuando en las televisiones se complacen en hacer uso de ella en algunos programas.

¿La Real Academia Española es la policía lingüística de la cosa?

Como diría el maestro García Calvo, en la lengua no manda nadie. Según suele decirse, la misión de la Academia es levantar acta notarial, nada más.

La intelectualidad, o así, aparece acrítica en los últimos tiempos. ¿Acaso no se puede enjuiciar a los cercanos? ¿La ideología acalla y amordaza? ¿Dónde queda la libertad?

Esto es lo que dice Rojas, a este respecto, en un momento dado de la novela: "Cuando, hace cinco años, expulsaron a los judíos de Castilla, ninguno de vosotros, que yo sepa, movió un dedo o levantó la voz. Tampoco lo hacéis ahora, cada vez que, en vuestra misma calle, detienen a un converso por el mero hecho de ser sospechoso de judaizar. Así que no os extrañe si pronto sois vosotros los que sufrís en el tormento, os consumís en la cárcel o ardéis en la hoguera, acusados de herejía, apostasía o traición".

A veces la política cohabita con la cultura. ¡Qué peligro!

La política, por lo general, instrumentaliza la cultura, como hace con todo. Unas veces la utilizan como propaganda; otras, para entretener a la gente o para atraer al turismo. Los políticos han descubierto que la mejor manera de acabar con una cosa no es prohibirla, sino fomentarla desde arriba, para mantenerla así controlada.

Los nacionalismos están llenos de patriotas. ¡Más peligro!

La pregunta que yo me hago es: ¿Dejaremos algún día de hablar del nacionalismo? No hay nada más dañino y aburrido que el nacionalismo, acaba con todo.

Alguien decía, recientemente, que "se escribe para vender". A esos hemos llegado. ¿Nos escandalizamos?

Se ve que algunos confunden los fines con los medios. Más que escandalizarse, habría que expulsarlos del templo literario. ¿Cómo? No escuchando sus palabras; no comprando sus libros.

¿Usted escribe para iluminar lo que aparece oscurecido... o no le da tan fuerte?

Sería demasiado pretencioso. Como diría Arthur Conan Doyle, me conformo con que mis historias sean inteligibles, interesantes e inteligentes. Esas son las tres obligaciones principales del escritor.

Muchos persiguen la fama. Algunos casi se matan por ella. ¿Y si fuera algo hor-tera, poco más que nada?

De nuevo, estamos ante gente que confunde los fines con los medios, lo importante con lo accesorio. No merece la pena ni criticarlos.

Test

Vida literaria. Eso: ¿una comedia?

La escritura y la lectura son actividades solitarias. Lo demás es vanidad y mercadotecnia.

En la escritura, en la literatura, ¿también hay “petardos” que explotan?

Algunos ni siquiera eso; son pólvora mojada.

Claudio Rodríguez: ¿rebasaba el canon poético y otros cánones?

Claudio Rodríguez es uno de los grandes poetas de todos los tiempos. Y, además, fue una gran persona. Todo en él era insólito.

Hagamos literatura-ficción. Si Claudio hubiera escrito unas Memorias, ¿Zamora continuaría siendo “ciudad del alma”?

Yo creo que sí. Él distinguía muy bien entre la Zamora oficial y la Zamora real; por otro lado, era incapaz de sentir rencor.

¿Agustín García Calvo es un libro abierto?

Es una voz que clama en el desierto.

¿No le interesa la obra poética de Jesús Hilario Tundidor?

Dentro de muy poco (ahora mismo estoy corrigiendo pruebas), publico un libro titulado *La otra generación poética de los 50*, donde le dedico un apartado.

Sobre Juan Manuel de Prada, ¿ni palabra?

Nuestros caminos se separaron hace mucho tiempo.

¿Qué cansa al crítico Luis García Jambrina?

Tener que ejercer de crítico.

¿Qué interesa al lector Luis García Jambrina?

La relectura de algunos grandes libros.

¿Qué anima al profesor Luis García Jambrina?

Ver cada año caras nuevas.

Entrevista de Javier Sánchez Zapatero para *Tribuna Universitaria*

¿Condiciona de alguna manera el hecho de ser crítico y profesor de Literatura a la hora de enfrentarse a la creación?

Cuando escribo ficción, me olvido por completo de mi condición de profesor de literatura y crítico literario. Yo creo que esto condiciona más en el momento de la recepción de la obra. Hay críticos y lectores que tienen prejuicios contra las novelas escritas por profesores de literatura. Piensan que por el mero hecho de tener esa profesión uno tiene que escribir de forma pedante, rebuscada y aburrida. Yo encima se lo pongo fácil, pues mi novela está protagonizada, entre otros, por profesores, escritores y estudiantes universitarios y trato asuntos como el de la llegada del Humanismo. La novela, sin embargo, está narrada con agilidad y grandes dosis de intriga, humor e ironía. En ella hay mucha cultura, pero también mucha vida y muchas emociones.

En *El manuscrito de piedra* confluyen la novela histórica, la novela policiaca, la novela de aprendizaje, la novela de campus... ¿cómo la definiría?

Precisamente, como una mezcla o hibridación de géneros diversos (a los citados se podrían añadir la novela de aventuras, la novela fantástica...), unos propios de la novela popular y otros de la novela culta. "El manuscrito de piedra" participa, en mayor o menor medida, de todos ellos, para al final trascenderlos o llevarlos un poco más allá, gracias a su alcance simbólico. Por lo general, cuando se habla de experimentación e innovación en la novela, se hace hincapié en la experimentación formal, pero yo creo que también se experimenta e innova mezclando géneros o tratando algunos temas y asuntos de manera distinta.

¿Por qué ha hecho de Fernando de Rojas el personaje de su novela y por qué la Salamanca de fines de siglo XV el escenario? ¿Cuánto hay de realidad, por cierto, en la recreación de ese escenario?

La novela nació de una fascinación por la figura de Fernando de Rojas. Quinientos años después de *La Celestina*, seguimos sin saber nada de su principal autor. Por eso, lo he convertido en protagonista de una novela. Me intrigaba su figura y quería darle vida, ponerlo a caminar. La Salamanca de finales del XV vino con el personaje. La ciudad es también protagonista del libro. Para mí, la Salamanca de finales del XV no es un mero escenario de la novela, sino un lugar donde los personajes viven y se afanan cada día. Por eso, he querido hacerla bien visible para el lector; mostrar sus calles, su peculiar fisonomía y sus diferentes lugares: desde la Universidad, la catedral y los conventos hasta los mesones, las tabernas y la mancebía, sin olvidarme de la Salamanca oculta y legendaria. Para su recreación, he partido de unos datos muy precisos, pues yo siempre invento a partir de la realidad; de modo que he consultado numerosos libros, planos, documentos, imágenes... y he visitado una y otra vez los diversos lugares de la novela o lo que queda de ellos. Es decir, he practicado el método de la inmersión histórica. Yo creo que hay muchas historias y aspectos adonde la Historia no llega y se hace, por tanto, necesaria la ficción.

El hecho de que apenas se conozcan datos históricos de la vida de Rojas, ¿fue un estímulo o un obstáculo a la hora de construir el personaje?

Para mí, ha sido un estímulo, pues eso lo convierte en una figura enigmática. Casi todo lo que rodea a *La Celestina* y a su autor –o autores– es un misterio, y eso me interesaba mucho. Naturalmente, he incorporado a su biografía lo poco que sabemos de él y algunos rasgos que se le atribuyen, como su condición de converso, que es un aspecto fundamental en la novela. A partir de ahí, he intentado crear un personaje verosímil y atractivo. Yo lo convierto, desde la admiración, en una especie de detective que por obligación tiene que investigar un crimen. Se trata, naturalmente, de un personaje muy complejo, con sus virtudes y sus debilidades. Es un hombre ya del Renacimiento, un humanista, con una gran inteligencia, una mente deductiva y una curiosidad infinita, pero también algo ingenuo. Desde muy joven, ha vivido consagrado al estudio, y muy pronto se da cuenta de que no todo está en los libros y de que estos no bastan para conocer la verdad. Es también un antihéroe heroico. Al final, ese proceso de investigación por todos los lugares y estamentos de la ciudad será también un proceso de búsqueda de la verdad y de transformación personal. Es uno de esos personajes a los que les coges cariño y luego te cuesta mucho despedirte de ellos.

En ocasiones la novela histórica utiliza el pasado como metáfora del presente, ¿hasta qué punto la sociedad y la universidad de fines del siglo XV que aparecen en la novela son equiparables con las de la realidad?

Siempre se ha dicho que algunas épocas del pasado pueden ayudarnos a entender mejor nuestro presente. Y, en este caso, no sería difícil hacer analogías entre ambas épocas. La novela está llena de guiños irónicos en este sentido. Por otra parte, en ella, se plantean cuestiones que siguen estando de actualidad ahora, como la tolerancia y el respeto hacia lo diferente o la necesidad de la cultura clásica para la vida. Al igual que ocurría en aquella época, ahora se hace necesario volver a las fuentes de nuestra cultura; y, para ello, hay que mantener y cuidar las humanidades, que últimamente se están viendo amenazadas. Las letras pueden ser un buen asidero en tiempos de crisis. Los únicos valores firmes que tenemos. O parodiando el título de una serie televisiva de moda: Sin letras no hay paraíso.

Entrevista de Aurelio Loureiro para la revista *Leer*

noviembre de 2009

Su primera novela, histórica... ¿por qué, si ya hay tantas en el mercado?

Mi novela nace de una fascinación por la figura de Fernando de Rojas y todo el misterio que rodea a la autoría de *La Celestina*. Inevitablemente, tenía que reconstruir una época, la de finales del siglo XV, y una ciudad, Salamanca, que era uno de los grandes focos culturales del momento. Yo no me planteé nunca hacer una novela histórica como tal, sino una novela de la que yo me sintiera satisfecho. El gran problema de la novela histórica es que muchos de los libros que se publican bajo ese epígrafe o no son verdaderas novelas o no son verdaderamente históricas, sino esotéricas. De ahí el gran abuso y desprestigio del género en los últimos tiempos. En mi novela, yo he intentado seguir la senda abierta, en su día, por *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, que es uno de los grandes renovadores de la novela histórica, y, dentro de ella, hacer mi propio camino. En este sentido, mi novela tiene mucho de homenaje a la novela de Eco, pero, sobre todo, a la novela negra y policíaca y a la literatura clásica española, que son las fuentes principales de las que yo me alimento, como lector.

¿Es más fácil entrar en el circuito editorial a través de un género ya contrastado y de gran solvencia promocional?

Empezar con una novela histórica entrañaba para mí muchos más problemas que ventajas, pues corría el riesgo de que mi libro fuera a parar –como una novela histórica más– al gran cajón de sastre de un género desprestigiado y rechazado por buena parte de la crítica. Por fortuna, no ha sido así, y, al final, mi novela ha sido muy bien recibida por los lectores aficionados a la verdadera novela histórica e incluso por muchos de mis colegas de género, como lo prueba la concesión del Premio Internacional de Novela Histórica Ciudad de Zaragoza, y también por los lectores y críticos de novela sin más, que han considerado que yo no me había limitado a hacer una novela histórica al uso, sino una novela que, en primer lugar, aspiraba a tener calidad literaria y que, a la vez que el rigor histórico, buscaba el rigor narrativo.

También hay un misterio, crímenes, investigación detectivesca. ¿Es indispensable este recurso para que una novela tenga una mayor progresión y prestancia editorial?

Obviamente, la intriga detectivesca tiene como misión atrapar al lector y no soltarlo hasta el final. Es un recurso propio de la novela policíaca, a la que soy muy aficionado. Sólo que, en mi caso, este proceso de búsqueda del asesino va asociado a un proceso de descubrimiento de la verdad en general y de transformación personal del protagonista. También me servía para ir interesando al lector por otros aspectos; de tal forma que el lector se sintiera, de alguna forma, como Fernando de Rojas, con deseo de saber más, de ir más allá de las apariencias.

¿Queda algún misterio por desvelar del pasado que permita seguir haciendo novelas con el pretexto o la sensación de estar descubriendo algo original?

Que conste que soy de los que piensan que un auténtico novelista no necesita grandes misterios para ponerse a novelar. Basta con mirar alrededor para darse cuenta de que cualquier persona y cualquier lugar encierran en sí una novela, y lo único que hay que saber es cómo contarla. Lo que sucede es que yo soy profesor de literatura española y estoy acostumbrado a investigar y a interesarme por el pasado y, además, vivo en una ciudad que está cargada de Historia y de enigmas y de literatura. De tal modo que, para mí, escribir sobre la Salamanca de finales del XV es un poco como escribir sobre mi barrio, sobre algo que siento como muy cercano. Y es mucho lo que todavía queda por descubrir y por contar.

¿Qué le aporta la Ficción a la Historia, más allá de la divulgación y de hacerla más llevadera y entretenida para un mayor número de consumidores?

Yo no creo que la novela histórica tenga como misión divulgar la Historia. Una novela histórica es, antes que nada, una novela; el hecho de que sea histórica es algo accesorio, por lo que pienso que el adjetivo (histórica) no debería comerse nunca al sustantivo (novela). Por lo demás, parece claro que la Historia, en cuanto relato o reconstrucción del pasado, tiene siempre un componente de ficción, por muy basada que esté en documentos, datos y hechos probados. Asimismo, soy de los que piensan que hay muchos aspectos del pasado adonde la Historia no llega y se hace, por tanto, necesaria la ficción.

¿Con qué parte de su personal reinención de la Historia se siente más feliz y viceversa?

Lo que más me complace es haberle dado vida a Fernando de Rojas y haber hecho de él un personaje atractivo y verosímil, con sus virtudes y sus debilidades, un hombre del Renacimiento en una sociedad que todavía no ha abandonado la Edad Media. Y también haber hecho palpable y visible la ciudad de Salamanca en aquella época tan conflictiva, con sus diferentes lugares y ambientes: desde la catedral, los conventos y la Universidad hasta las tabernas, el mercado y la Casa de la Mancebía.

Usted se permite también unas pinceladas de metaliteratura, mezclando personajes novelescos con personas reales, haciendo convivir en el mismo plano creadores y personajes, caso de Fernando de Rojas y Celestina... ¿Se trata de un homenaje o de una imposición argumental?

Se trata de un homenaje y de un juego literario; en el Epílogo, por ejemplo, se resuelve el misterio de la autoría de *La Celestina* y se cuenta cómo fue su proceso de gestación y publicación. Pero también se trata de una especie de inversión literaria: al tiempo que convierto a Fernando de Rojas en un personaje de ficción (una especie de detective que tiene que investigar unos crímenes), transformo a la Celestina en un personaje histórico, envuelto en los problemas de la sociedad de su tiempo. Al final, uno se pregunta: ¿qué es la realidad? ¿Qué es la ficción? ¿Dónde acaba la Historia? ¿Dónde comienza la leyenda? Se trata, por lo demás, de un planteamiento muy coherente con la época y con mi concepción de la literatura.

He de decir que los elementos que ha utilizado en la configuración de su novela (Salamanca, los últimos años del siglo XV, la Universidad, las disputas políticas y religiosas, la Inquisición, la intolerancia por decreto, etc.) son muy atractivos y están perfectamente ensamblados. Si tuviera que elegir alguno ¿con cuál se quedaría?

Están tan ensamblados e integrados en la trama de la novela que es muy difícil aislarlos. En cualquier caso, uno de los aspectos más interesantes es el de la llegada del Humanismo a la Universidad de Salamanca y los obstáculos con los que se va encontrando (el conservadurismo, la barbarie, el integrismo religioso, los intereses personales y las luchas por las cátedras), hasta el punto de que los Estudios de Humanidades tienen que refugiarse en las catacumbas, en la cueva.

Sin duda mucho de lo que destapa *El manuscrito de piedra* tiene su reflejo en el mundo actual; sobre todo en lo que se refiere a la intolerancia. La persecución del fumador, por ejemplo, ¿es una anécdota o una advertencia?

Siempre se ha dicho que algunas épocas del pasado pueden ayudarnos a entender mejor nuestro presente. Y, en este caso, no es difícil hacer analogías entre ambas épocas, incluso en pequeños detalles, como la actitud ante el tabaco, que usted menciona. La novela está llena de guiños irónicos en este sentido. Por otra parte, en ella, se plantean cuestiones de gran calado que están muy de actualidad ahora, como la tolerancia y el respeto hacia lo diferente, a través de la persecución de los conversos y de los heterodoxos por parte de la Inquisición. Y, al igual que ocurría en aquella época, ahora se hace necesario volver a las fuentes de nuestra cultura; y, para ello, hay que mantener y cuidar las Humanidades, que últimamente se están viendo tan amenazadas.

Escrito en piedra con miniaturas literarias

Reseña de Rosa Navarro Durán para la revista *Ínsula*, septiembre de 2009

Todo lector aspira a que un libro le dé placer y a que le muestre algo que desconocía: lo gustoso y lo útil mezclados, aut delectare aut prodesse, en palabras de Horacio. En El manuscrito de piedra de Luis García Jambrina le salen al encuentro diversión y conocimientos, aunque estos lo hacen de puntillas, sin querer molestar, sin ocultar casi nunca el puro entretenimiento. Tras la palabra prólogo, se lee un lugar y una fecha: "Salamanca, 20 de septiembre de 1497": el horizonte de expectativas que se abre es el de una novela histórica, porque la ciudad y el año están asociados a la muerte del príncipe Juan, el heredero de los Reyes Católicos. Cinco páginas bastarán para que el lector se olvide de ese personaje al ser testigo de un asesinato: el de fray Tomás de Santo Domingo a las puertas de la Iglesia Mayor, de la catedral de Salamanca. Luego descubrirá que también el príncipe tiene su papel en el relato y que, por tanto, la precisión temporal no estaba puesta al azar. La novela es un mecanismo perfecto; y para que funcione, García Jambrina debió de imaginar con todo detalle su complejo artificio antes de ponerse a escribir. Así empieza:

"Aún no había amanecido, cuando fray Tomás de Santo Domingo se levantó del lecho en su celda del convento de San Esteban. Había pasado una mala noche, llena de pesadillas y sobresaltos que apenas le habían dejado dormir. Pero no era el cansancio lo que en ese momento le preocupaba, sino un profundo malestar, una aguda zozobra que lo llenaba de inquietud. Fray Tomás era catedrático de Prima de teología en el Estudio General salmantino. Había sucedido en la cátedra al obispo de la ciudad, Diego de Deza, dominico y teólogo como él, y la había convertido en uno de los principales baluartes de la Iglesia en Salamanca. Para este fraile de pequeña estatura, abdomen abultado, cara rugosa y redonda como una hogaza y manos pequeñas y femeninas, la cátedra era un púlpito desde el que defender con la elocuencia de su verbo la verdadera doctrina y clamar justicia contra los herejes, las brujas y los conversos judaizantes o *rejudaizantes*, como él los llamaba."

El primer anzuelo que el escritor esconde entre las líneas, la aguda zozobra que inquieta al dominico y que ha llenado de pesadillas su noche, es lo que lleva al lector a acelerar en ese mismo comienzo el ritmo de su lectura. Y no podrá ya menguar su paso, porque se da cuenta de que el tormento interior del fraile está relacionado con la petición de confesión que alcanza a decir con su último suspiro en el pórtico de la Penitencia de la catedral de Salamanca. Un arma que alguien ha sacado de debajo de la capa pone fin a la vida literaria de ese dominico que clama contra herejes y judíos mientras el lastre de un pecado inconfesado le lleva a ese infierno suyo.

En esas primeras líneas hay otros datos esenciales en los que tal vez no se fije el lector, llevado por la curiosidad de saber qué es lo que angustia al dominico, pero que

luego reconocerá: esas “manos pequeñas y femeninas”, esa elocuente prédica contra brujas y conversos judaizantes, y, en suma, ese ambiente de vida cotidiana en la Salamanca de fines del XV que se irá pintando en el relato.

Al final del libro, el escritor hace el inventario “de aquellos textos que me ayudaron a viajar a una época tan fascinante y sugestiva”, y comienza con *la Vida y muerte del príncipe don Juan. Historia y Literatura*, de Ángel Alcalá y Jacobo Sanz Hermida, y acaba con la *Historia de Salamanca. Libro V*, de Manuel Villar y Macías. Dime qué lees y te diré qué escribes; el mismo procedimiento de desvelar fuentes es ya significativo. En un repaso a esa bibliografía consultada, vemos, junto a la figura del príncipe Juan y la historia y vida cotidiana de Salamanca, otros dos asuntos: Fernando de Rojas y *La Celestina*, y la cueva de Salamanca. Evidentemente no sigo ahora el camino que hice como lectora de la obra; estoy investigando sobre ese perfecto mecanismo que su autor construye magistralmente y que tiene una eficacia narrativa absoluta arrastrando al lector al desenlace; la prueba es que en pocos meses ha alcanzado ya la cuarta edición.

En ese inventario, a modo de voluntario escrutinio de biblioteca propia, se descubre esa otra carta maestra que enseñará enseguida el novelista, al comienzo del primer capítulo: “Un año más, tras unas cortas vacaciones de verano en su pueblo de origen, Fernando de Rojas volvía a Salamanca con el propósito de proseguir sus estudios”. Precisamente él, el genial autor de *La Celestina*, va a ser el “detective” de la historia, porque el obispo Diego de Deza –muchos antes de ficción son personajes históricos– le va a encargar descubrir al asesino y averiguar el porqué de las extrañas circunstancias de la muerte. El lector se encuentra, pues, entre personajes conocidos, entre seres históricos, que no van a desempeñar su papel conocido, sino otro que le asigna ese dios suyo del siglo XXI. García Jambrina sabe muy bien lo que dice Horacio en su *Arte poética*: “No es lo mismo que hable un dios o que hable un héroe, un viejo caduco o un joven en plenitud de sus fuerzas, que hable una poderosa matrona o una aya servicial, un mercader errante o el que cultiva un verde campito; [...] el escritor tiene que seguir fielmente la fama o inventar personajes que se correspondan con ella, *aut famam sequere aut sibi conuenientia finge*”, v. 119. Aquiles tiene que ser atrevido, insolente, implacable, impetuoso, que proclame a grandes voces que las leyes no se hicieron para él y confíe la justicia a las armas; y Medea debe ser feroz e inflexible.

Fernando de Rojas tiene que responder a su condición para que su nombre no sea de cartón piedra, porque no basta recordar los pocos datos históricos conocidos sobre el escritor. En *El manuscrito de piedra* será un hombre inteligente, culto, un humanista; sabrá muy bien de qué parte hay que estar para sobrevivir, pero también lo mucho que se puede hacer para ayudar a los perseguidos, a los conversos, porque él es *ex illis*. Y se encontrará al final del trayecto nada menos que con su personaje, el que le dio un lugar en la historia de la literatura, y el que le permitió precisamente revivir en estas páginas literarias. Pero antes oírás palabras en boca de otros, que va a dar a ese ente de ficción suyo; como las que dice el Tintorro: “De esto forro todos mis vestidos cuando viene la Navidad, esto me calienta la sangre, esto me sostiene continuo en un ser. Esto me hace andar siempre alegre, esto me mantiene lozano”, p. 182. El juego literario traza continuos puentes entre el texto clásico y el contemporáneo.

Se cuenta cómo al pasar el Tormes, Fernando de Rojas se detuvo ante el toro de piedra, y recordó la burla que le habían hecho en él unos estudiantes cuando llevaba poco tiempo en Salamanca. El “aprende, necio, que un estudiante de Salamanca un punto ha de saber más que el Diablo”, le hizo avivar el ojo y fijarse bien en las cosas. No, no es estofa literaria de *La Celestina*, sino un guiño literario al *Lazarillo*, como también lo son

el nombre de los parientes lejanos de Sabela, Tomé González y Antona Pérez, en cuya casa de Tejares Fernando de Rojas continuaría la obra que había comenzado otro personaje del relato, del que nada voy a decir; eran las vacaciones de Pascua de 1498; la acabaría el Lunes de Aguas, cuando las mozas de la mancebía regresaban a la ciudad tras el destierro obligado de la Cuaresma.

Rojas, enamorado de Sabela, una bella Areúsa, añorará "aquellos tiempos en que se pasaba los días leyendo a Petrarca"; y el lector sabe que sí, que lo leyó muy bien y lo admiró profundamente como indican los muchos pasajes de sus obras que afloran en *La Celestina*. En un momento esencial de la historia, el de la muerte del príncipe Juan, Rojas recuerda la primera de las *Coplas a la muerte de su padre* de "su admirado Manrique"; y también su tragicomedia atestiguará esta admiración, e incluso podría ser que el fin desastrado del protagonista tuviera mucho que ver con unos versos del gran poeta.

Se recuerda cómo un día el joven Rojas se puso a leer con su discípula Jimena, la hija del noble don Luis de Salazar, el pasaje más peligroso de toda la literatura: las palabras de Francesca de Rímini en el círculo V del *Infierno* de la *Commedia* de Dante. Y lo es porque todo el que lo lee en compañía no puede más que reflejar en juego de espejos el verso "la boca me besó todo temblando", en la traducción de don Enrique de Villena; Bécquer y Unamuno mostrarían también ese camino, de cielo y de infierno, siglos después en sendos poemas. Ese pasaje de las págs. 119-120 no tiene más trascendencia en el relato, pero sí se convierte en clave para apreciar el calado de la labor creadora de García Jambrina. Es la pasión por la literatura la que le movió a escribir sus espléndidos cuentos de *Muertos S. A.* (Almería, El Gaviero editores, 2005), y ella sigue guiando sus pasos en esta novela.

El protagonista es, por tanto, el auténtico Rojas. No ha escrito aún su obra genial, pero está viviendo lo que le llevará a escribirla. Nada tendrá que ver con lo que en ella cuenta, con su argumento, pero sí podremos vislumbrar su experiencia en algunos de sus episodios. Como decía T. S. Elliot, la buena literatura es un río que fluye en los dos sentidos: las obras se enriquecen con las aguas literarias que recogen, pero también las suyas dan nueva fuerza a las anteriores.

El *manuscrito de piedra* es una novela histórica, y en ella se recrea admirablemente la atmósfera de la vida cotidiana. La mirada es la de hoy, y lo que se ve a veces es un auténtico espectáculo; así los puestos fijos del mercado, con sus especialidades, "cada zona con sus propios olores y su peculiar colorido y griterío. Justo al lado, se situaban los roperos, y, por levante, en la parte más baja de la plaza, los carboneros", p. 105. O el cortejo del príncipe Juan con la bella princesa Margarita de Austria, "*demasiado reino para tan poco príncipe*"; y las fachadas engalanadas, y el olor de las calles cubiertas de tomillo. Contemplamos una cuidadísima reconstrucción histórica, al modo de la que hizo Umberto Eco o con los ojos del gran escenógrafo Patrice Chéreau; pero es sólo el fondo, no se pretende nunca convertirlo en un primer plano y quitarle papel a la trama, muy bien narrada. Lo mismo sucede con el lenguaje, que fluye, que envuelve. Es un registro culto, pero nunca impostado, falso. Escenario y palabra son instrumentos para el relato, y no fines; y la trama avanza al ritmo rapidísimo de la lectura porque jamás carece del ingrediente esencial de una novela policiaca: el misterio.

El lector contempla el espectáculo, vive la atmósfera, pero sabe muy bien que allí está escondido un asesino, que puede volver a matar en cualquier momento, porque sólo se pueden resolver los casos cuando se averigua la razón del crimen. El cadáver de fray Tomás de Santo Domingo tenía dos marcas que había dejado el asesino para que

se vieran: encima de la lengua, una moneda de vellón, sin valor; y en una mejilla, un ligero rasguño. El lector puede asociar a este alguna nota a pie de página al texto de *La Celestina*, pero lo que realmente le interesa es ver qué está indicando el criminal y si ese asesinato es el primero de una serie. Intenta relacionarlo con lo que va sabiendo por si consigue alguna pista, porque está leyendo una apasionante novela policiaca. Goza con los guiños literarios, saborea la perfecta recreación histórica del momento de los hechos, pero lo que le interesa es el desarrollo de la trama, la solución del misterio. Es la prueba de que el relato funciona, de que logra su propósito: hacer olvidar toda preocupación al lector, divertirlo.

Lo que sucede es que además el escritor le está hablando de la actuación de los justos, de la opresión de los salvadores; como dice un fraile, el hermano herbolario: "Están tan obesionados con la salud de nuestra alma y la pureza de nuestra fe que acabarán por prohibirnos hasta dormir la siesta, para que no tengamos sueños impuros", p. 43. Hay personajes secundarios con los que el lector se encariña como este buen hombre, el fraile herbolario que cultiva con mimo las nuevas plantas que ha traído Colón del Nuevo Mundo y que acabarán destrozadas como toda idea nueva. O Jacinto López, viviendo de un mundo de libros peligrosos y a la vez salvándolos. O el bachiller Alonso Juanes, antiguo compañero de Rojas, que recibe en una trastienda de la taberna que está en la esquina de la plaza de San Martín y ayuda todo lo que puede a los suyos.

Una atmósfera de peligro, de auténtica persecución envuelve todo el relato; y su causa no es la presencia de un desconocido asesino que merodea por las calles salmantinas y que acecha a quien anda a ciegas buscándole, sino la que ejerce la "Santa" Inquisición en nombre de Dios y en defensa de su fe. Amenazas, exclusiones, cárceles, torturas acechan en cada esquina; son los justos, los bienpensantes los que imponen a sangre y fuego sus creencias. Rojas lleva el estigma de su origen, y Alonso Juanes y tantos otros; hay que actuar a favor del poderoso para hacerse perdonar esa marca de nacimiento, hay que huir a Amberes para que su brazo justiciero no te alcance, hay que esconderse donde sea. De todo eso se habla en la obra, aunque no sea su objetivo hacerlo. Y de la cultura de unos pocos que habían vuelto a la tradición clásica, que luchaban contra los bárbaros, contra los aferrados a una enseñanza caduca, escolástica, y que iban a mostrarle al ser humano su auténtica condición, la de escultor de sí mismo.

El descenso a los infiernos de Fernando de Rojas hará que se encuentre también allá con el fanatismo, con la intolerancia, que la sufra en su propia carne. Liberado, asistirá al ejercicio de la palabra en una utópica lucha por la libertad, por cambiar una organización muy asentada gracias a la alianza entre los poderes que organizan la vida en la tierra y en el cielo. Y, por último, llegará al centro de ese mundo subterráneo, en donde se oculta el topo que mueve los hilos. La última parte de la novela se llena de una atmósfera densísima, en donde creen perderse personaje y lector, pero de la que ambos logran salir para luego saborear lentamente lo vivido, lo leído. Todo se ilumina entonces, como el título, que es una pieza más de esa perfecta construcción literaria.

Novela histórica, relato policiaco para el que quiera sólo deleitarse con la lectura; pero aquel que ahonde más también encontrará cosas que le agraden. No es literatura en vano; es creación literaria en profundidad.

Celestina en el infierno Tino Pertierra

Reseña aparecida en el suplemento cultural de *La Nueva España* (Asturias)

Tras demostrar su maestría en las distancias cortas con *Oposiciones a la Morgue* y otros ajustes de cuentas (1995) y *Muertos S. A.* (2005), Luis García Jambrina (Zamora, 1960) se pasa al maratón de la novela con *El manuscrito de piedra* (Alfaguara). Lo más importante: las virtudes del buen trapequista narrativo (precisión, equilibrio y firmeza) no sólo se mantienen, sino que se desarrollan en las trescientos y pico páginas que ahora ven la luz.

Y con triple salto mortal: en esta sociedad literaria española tan dada a poner etiquetas con pringosa facilidad, un autor que se atreva a elegir semejante título con semejante trama (finales del siglo XV, el estudiante Fernando de Rojas, autor de *La Celestina*, investiga el asesinato de un catedrático de Teología en Salamanca) sabe que se expone a ser enviado por los tribunales críticos a las catacumbas de la reciente y exitosa novela histórico-policíaca-esotérica. El valor (en todos los sentidos) de García Jambrina horada esa montaña de prejuicios y levanta los andamios de una narración que resalta las dotes de un buen intrigante, de un magnífico sastre de intrigas. Empeñado en desatascar las arterias de una literatura española que suele mirar al pasado para banalizarlo o emborronarlo, García Jambrina se pone el mono de trabajo para urdir una trama de ecos negros con recovecos inspirados en la fantasía que esconde la realidad. Ahí es nada: convertir una figura tan misteriosa como Fernando de Rojas en un detective creíble, alejado de los estereotipos y chorradas con los que el escritor de ambiciones multiventas suele evocar a figuras verdaderas dándoles un barniz «moderno» con permiso de Raymond Chandler o Conan Doyle. Pero si ese protagonista es un logro que a buen seguro ha costado sangre, sudor y lágrimas al autor, la reconstrucción de un mundo que ya sólo existe en los libros se convierte en el triunfo más memorable que reseñar. Un mundo que se desarrolla en el laberinto no siempre expuesto de una Salamanca fascinante en tiempos cargados de zozobra y expectación, de miedos y esperanzas, de miserias y belleza, de odios y amores, de furia y comprensión. Sin cinismos al uso ni prepotencias en desuso, García Jambrina eleva su narración por encima del cauce novelesco en el que se ahogan tantas y tontas buenas intenciones, para conseguir que su novela no se lea sólo como un divertidísimo juego de espejos, sino como una invocación honesta y entusiasta a poner el Humanismo como barricada contra la intolerancia y la apatía cívica. Ese mensaje que se cuela entre las rendijas de la historia pone un marco brillante a una obra que divulga sin golpearlos con erudición baldía, que dialoga con justa abundancia y que dibuja personajes secundarios con extremada habilidad para el trazo urgente y decisivo. En definitiva, una novela que respira y transpira inteligencia sin hacer alarde de ella. Que tiene las cosas claras y no se mete en espesuras estéticas de cara a la galería. Una obra que sólo admite una etiqueta: la mejor novela del año.



Una hipótesis inteligente sobre el autor de La Celestina

ficha

- TÍTULO
- 'El manuscrito de piedra'.

- AUTOR
- Luis García Jambrina.
- EDITORIAL
- Alfaguara (18,50 euros. 320 páginas).



En el agitado mercado editorial de otoño, no debería pasar desapercibida esta novela histórica con un título –'El manuscrito de piedra'– sospechoso de contemporizar con la morralla de inopinados secretos, enigmas sectarios, héroes históricos, esoterismo, intrigas y/o desasosegante abuso de poder heredado. Sin embargo, el libro viene avalado por la solvencia de su autor, profesor de Literatura Española en la Universidad de Salamanca, especialista en poesía española contemporánea –es autor de enjundiosos trabajos sobre Claudio Rodríguez–, y crítico literario del ABC. Lo cual no deja de impresionar como aval de circunspección.

Ya en las primeras páginas se terminan de desvanecer las suspicacias. Luis García Jambrina ha urdido con inteligencia una amena trama policial en la Salamanca de fines del siglo XV y ha escogido como protagonista al autor de La Celestina, llegando a esbozar, en el culmen de su ingenio y buen humor, una curiosa hipótesis sobre la inspiración y aun autoría de la Tragicomedia. Hay en esta primera novela de García Jambrina una absorbente visión de Salamanca en los albores del Renacimiento. La diversidad de espacios urbanos (tabernas, manebías, Colegios Mayores, claustros de conventos...) están bien distribuidos a lo largo de la topografía urbana de la ciudad universitaria y su recreación resulta de extremada viveza. A pesar de la abundancia de datos históricos sociales, culturales y bibliográficos, estos no resultan excesivos, si bien en algún momento, adolecen de cierta desarmonía con lo puramente narrativo. Podría haberse pensado en alguna fórmula más original de aportar la información que la mera voz de los personajes, cuya erudición en algunas páginas sobrecarga la narración y responde un visible interés del narrador por entrar en el contexto con calzador. Monjes, obispos, ramerías, adoradores del diablo, príncipes, conversos, judíos, catedráticos, alchahuetas e inquisidores, muchos de ellos de fama histórica o, cuando menos, actores de considerable trascendencia en la cultura y en la política de la época, conviven e interactúan con los entes desligados de referentes externos a la ficción. Y es que García Jambrina demuestra una rara destreza no sólo para recrear mediante sus descripciones espacios y paisajes urbanos, sino



Salamanca es el escenario de esta interesante novela que tiene como protagonista a Fernando de Rojas.

también para concebir personajes atrapados por sus limitaciones ideológicas y por sus ansias de poder o de conocimiento.

A pesar de un aparente maniqueísmo, la defensa de determinados valores que ciertos personajes encarnan no menoscaba el resultado final. En el caso de 'El manuscrito de piedra', la apología de la curiosidad intelectual, la libertad de pensamiento, la confrontación mediante la dialéctica y la tolerancia religiosa se encuadran en el contexto discursivo de la novela histórica, con su necesario componente épico, lo cual atenúa el posible carácter enojosamente moralista de la obra. Aun más, al tratarse de una novela situada en los albores de la modernidad y que tiene como protagonista nada menos que a uno de los voceros de la crisis de las certezas medievales, Fernando de Rojas, no podía acabar sino en el estupor moral de este. García Jambrina ha sabido reflejar el escepticismo casi nihilista de La Celestina en el propio despertar a la madurez de su autor. Al renunciar a convertir a Rojas en un héroe moral en el feliz epílogo de la novela, se nos desvela precisamente el sujeto de la modernidad literaria y es uno de los aciertos que re-

dondea la historia. Pero, desde luego, no escapa a la posibilidad de lecturas anacrónicas: el integrista religioso, el fanatismo, el arribismo y el fariseísmo conviven hoy, como entonces, con la racionalidad, el amor a la verdad, la tolerancia y la justicia. Esta problemática axiología y ese universo desencantado postmedieval que hacen de 'La Celestina' un hito apenas igualado en la historia literaria constituye también el mundo social y moral de la novela que estamos comentando. García Jambrina ha creado un Fernando de Rojas desbordado por un entorno del que no da respuesta cabal toda la erudición de la que es portador. La fascinante experiencia narrada en estas páginas lo priva una salida coherente a las aporías entre posibilismo y mesianismo y desvanece la ingenuidad que manifiesta a lo largo de toda la trama, su renuncia al mal y a lo fal-sario. De ahí la fascinación que siente por Celestina y por el iniciado primer texto de la Tragicomedia. El manuscrito de piedra reivindica en definitiva el subgénero de la novela histórica, tan desprestigiado últimamente por sub-productos de consumo; dignifica el misterio y el suspense como elementos de alta narrativa; y, sobre todo,

supone un aire fresco de agudeza, ironía y una reflexión sobre la vigencia de los valores del humanismo.

Por Fernando Larraz

Narrativa

'Cuestión de locura'
de Ismaíl Kadaré.

Por Rubén Castillo Gallego.

'La excepción'
de Christian Jungersen.

Por Antonio J. Ubero.

'El consuelo'
de Anna Gavalda.

Por Ángela Belmar Talón.

'Resistencia'
de Owen Sheers.

Por Cristina Selva.

'Hombres salmonela en el planeta porno'
de Yasutaka Tsutsumi.

Por Mariano Pérez Ródenas.

Diario de León, suplemento "El Filandón", domingo 23 de noviembre de 2008

LIBROS

Sugestiva visión de la Salamanca prerrenacentista

NICOLÁS MIÑAMBRES

Experto en la poesía española actual y autor de libros de relatos excelentes, Luis Jambrina se adentra con esta obra en el mundo de la novela histórica, ambientada en la Salamanca de finales del siglo XV. Un siglo apasionante de la historia española y de forma especial la salmantina, con las órdenes religiosas en encendida rivalidad y, sobre todo, con la presencia de la vieja Celestina, de importancia capital en el desarrollo de la trama. Con Fernando de Rojas como protagonista, el autor de *La Celestina* será el encargado de resolver un oscuro suceso, el asesinato de Fray Tomás de Santo Domingo, catedrático de Prima Teología de la Universidad de Salamanca. La condición personal y familiar de Fernando de Rojas le obliga a comprometerse con el caso, lo que supone complejas implicaciones en la Salamanca viva del Prerrenacimiento español. Sin olvidar que el descubrimiento de América supone la presencia de aspectos especiales, patentes, por ejemplo, en la personalidad del botánico Fray Antonio de Zamora y de Fray Germán de Benavente, conocedor de los secretos de la brujería. Un doble homenaje sin duda de Luis García Jambrina a su ascendencia zamorana.

Pocas ciudades españolas ofrecen un entramado cultural y un sustrato mítico comparable al de la ciudad del Tormes. En el convento de los dominicos de San Esteban se localiza el germen del descubrimiento de América y en la universidad salmantina enseñan las mentes más preclaras de la Europa del momento. Pero todo ello esconde un trasfondo de rivalidades, envidias y oscuras ambiciones. Y, sobre todo, esconde en el subsuelo un mundo de personajes marginales, rebeldes, heterodoxos. Estos dos mundos (el intelectual de corte ortodoxo, pero progresista) y



EL MANUSCRITO DE PIEDRA
LUIS GARCÍA JAMBRINA. ED. ALFAGUARA, MADRID, 2008. 316 PP.

el del subsuelo legendario confluyen en una inesperada clave relacionada con el autor del primer acto de *La Celestina*. Aquel acto que circulaba entre los universitarios salmantino de finales del siglo XV.

La muerte de fray Tomás de Santo Domingo es el germen narrativo del que afloran todos los estratos literarios de la obra y del que parte una excelente gradación narrativa. Estratos sociales que desembocan (en una concepción moderna y renacentista) igualando en su tratamiento al príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, con las pupilas de la Casa de la Mancebía, trasunto de ciertos pasajes y tipos femeninos inolvidables de *La Celestina*. Personajes sin

los que, por otra parte, no funcionaría esta delicada y precisa maquinaria narrativa. Subyacente a este mundo ortodoxo, late el de la Salamanca heroicamente heterodoxa. En ella pervive una raza que se resiste a abandonar la ciudad y a abjurar de sus creencias ancestrales. El proceso de búsqueda del asesino lleva a Fernando de Rojas a este submundo, representado por La Cueva de Salamanca. Se trata de un submundo misterioso, del que existe una gran riqueza documental, presente en la época clásica en alguna obra de Cervantes y especialmente en las del Marqués de Villena. No faltan en los tiempos actuales eruditos que se han acercado a ello, como Manuel García Blanco o Luciano González Egido.

En ese contexto, *El manuscrito de piedra* avanza por el subsuelo salmantino, donde aflorarán todas las claves de una trama moderna, sorprendente, que hará la delicia de los lectores. Por lo que tiene de síntesis entre el mundo clásico de una ciudad que es cuna del Humanismo español y del legado mítico que esconden sus piedras. Todo un acierto literario, documentado con una extensa bibliografía.

La Salamanca de Rojas

Reseña de Antonio Colinas para *La Gaceta de Salamanca*, 30 de noviembre de 2008

Ha sido Salamanca, muy especialmente, ciudad de escritores. No es necesario que volvamos a recoger aquí la completa nómina de ellos. Uno de los primeros fue Fernando de Rojas, el autor de *La Celestina*. Su nombre lo he tenido de cerca estos días por varias razones. En primer lugar, a la hora de rematar La Antología de poesía española e hispanoamericana de todos los tiempos que he estado preparando a lo largo de los últimos meses. En el acto XIX de esa tragicomedia hay intercalados unos versos que nos demostraron que también Rojas fue un delicado poeta. No mucho antes, había nacido Juan del Encina. La frescura airosa de sus canciones, especialmente sus deliciosos villancicos, nos hablan ya de ese Renacimiento que adquiriría su plenitud como el son órfico pitagórico de los poemas de Fray Luis de León. Y así siguen las huellas de los líricos salmantinos hasta nuestros días, aunque en esa rebusca mía de poemas también di con la severa y rotunda "Oda a Salamanca" de Salvador Rueda, pues a los escritores que escribieron en Salamanca hay que añadir los muchos que han escrito sobre ella.

Pero sobre todo estas impresiones literarias las desencadena la novela *El manuscrito de piedra*, que presentó en la Universidad el escritor y profesor Luis García Jambrina. Estoy leyendo el libro con avidez y pienso que quizá la Salamanca literaria estaba necesitada de esta novela que nos ofrece sus secretos ámbitos al sumergirnos en el siglo XV y al tener como protagonista a un escritor, Fernando de Rojas, que aquí vino a estudiar, acaso huyendo de su pasado de converso. Una serie de crímenes convierten a Rojas en detective de la época y, ante él, Jambrina nos va desplegando la Salamanca subterránea y misteriosa, universitaria y teologal, la de las leyendas y la crudeza de sus garitos. El libro, escrito con claridad y pulcritud, despierta el interés del lector desde el arranque y sus muchas virtudes habló el día de su presentación otro narrador, José María Merino. No en vano Jambrina era ya autor de algunos libros de relatos que preludiaban este fruto más abarcador que es su novela. Quizá sólo un profesor salmantino de hoy podía dar forma, con conocimiento, a esa abigarrada y compleja ciudad del ayer que preludiaba el esplendor renacentista.

No estamos ante una de esas novelas "históricas" al uso sino que su trama y desarrollo nos conducen a más cultos y ricos planteamientos. Información cuidadosa y agilidad de estilo llevan a la recreación del Humanismo salmantino y a un canto a la tolerancia. Descendiendo esa noche de la presentación desde el Colegio de Anaya en dirección a San Esteban, nos pareció cruzarnos, en las sombras, con la sombra de ese Fray Tomás, el personaje de arranque de la novela, que iba camino de la puerta de la catedral en busca de su muerte. Descendiendo luego por la que también fue ruta de otro estudiante preclaro, Juan de Yepes, en dirección al Colegio de San Andrés, continuábamos sintiendo el palpito y la autenticidad de esa prosa anunciada que rescataba el pasado y lo recreaba con viveza. La prosa de *El manuscrito de piedra*, libro que recomiendo con fervor mientras lo leo y aunque no me haya desvelado aún todas sus claves y secretos últimos.

FUTURO NECESARIO

¿QUÉ ESCRITORES SOBREVIVIRÁN A LA CRIBA DEL TIEMPO? ANTOLOGÍAS COMO «MCONDO» HAN INTENTADO RESPONDER A ESTA PREGUNTA. LA ÚLTIMA SE TITULA «EL FUTURO NO ES NUESTRO»

J. CARRIÓN

La última antología se llama *El futuro no es nuestro. Narradores de América Latina nacidos entre 1970 y 1980* y llega en un formato nuevo. Ha sido publicada este 2008 en la página web de la revista colombiana *Pie de Página* y durante 2009 se irá editando, con otros relatos de los mismos autores seleccionados, en diversos países de Iberoamérica. El promotor, editor y prologuista del proyecto es el escritor peruano Diego Trelles Paz (1971), que ha publicado en nuestro país la novela *El círculo de los escritores asesinos* (Candaya, 2006).

Su prólogo quiere ser, a un mismo tiempo, abierto y programático. Se inicia con una pregunta de Ángel Rama: ¿quién de nosotros se quedará en la historia? Esa interrogación retórica en el presente, de respuesta a muy largo plazo, está en la raíz de toda antología. Trelles repasa algunas que han marcado hitos: *Del cuento hispanoamericano. Antología crítica-histórica* (1964), *Onda y escritura, jóvenes de 20 a 33* (1971), *Novísimos narradores en marcha* (1981), *El muro y la intemperie. El nuevo cuento latinoamericano* (1989), *McOndo* (1996), *Antología del cuento latinoamericano del siglo XXI: Las horas y las hordas* (1997), *Líneas aéreas* (1997) y *Se habla español* (2000). Y quizá responde a la pregunta del extraordinario crítico uruguayo con

SESENTA Y SIETE SON LOS AUTORES SELECCIONADOS. LA CALIDAD ES DIVERSA, PERO HAY CUENTOS REALMENTE BUENOS. ABUNDAN LAS REFERENCIAS A BORGES, A BIOY, A CORTÁZAR

una afirmación de Julio Ortega: el futuro ya está aquí, y se adelanta y se precipita en algunos textos recientes que abren los escenarios donde empezamos a leer lo que seremos.

CATÁLOGO BONSAÍ. Es decir, aunque la distancia histórica permitirá la vindicación o el rescate, lo cierto es que los textos del presente están cargados de su propio futuro. De modo que toda antología es, en potencia, un catálogo bonsái de la literatura de otro presente, más o menos lejano. Del recorte y, por tanto, de la exclusión se parte hacia un proceso futuro de jibarización (porque toda antología es, por definición, macrofala). La selección, cuando se trata de una antología generacional, siempre lleva a la oposición con otras

generaciones. Trelles opta, en este sentido, por *McOndo* como último corte significativo en la estratificación de la historia literaria latinoamericana (el *Crack* fue exclusivamente mexicano) y afirma: «Frente a ellos, *El futuro no es nuestro* se anuncia, aquí y ahora, con el bisturí entre los dedos y la alegre certeza de que en la literatura, como en todo arte, sin rupturas no hay relevos». Es decir, la propuesta se inscribe sin ambages en una concepción cronológica, donde periódicamente se habrán ido relevando generaciones, en la aspiración a la visibilidad monopolizada por las anteriores.

RED PERSONAL. Sesenta y siete son los autores seleccionados. La pluralidad, pues, se impone. La calidad es diversa, pero hay cuentos realmente buenos. Abundan las referencias a Borges, a Bioy, a Cortázar. Predomina el realismo sobre la experimentación. Me pregunto si la estética realista está más representada porque ciertamente es más (artísticamente) practicada o porque toda antología trasnacional selecciona, al cabo, a los autores más visibles, a los miembros más destacados de una red personal configurada a través de revistas, páginas web, editoriales, congresos, contactos diversos, etc., y mediante la mimesis es, quizá, más fácil destacar o al menos crear cierto consenso sobre la calidad de tu obra.

No pondré ejemplos. O sólo uno, pero no para opinar sobre él, sino para evidenciar el cortocircuito que siempre tiene lugar entre el prólogo y los textos, entre el programa (que tiende a la reducción) y la realidad (que tiende siempre a expandirse). El inicio de «Réquiem», del venezolano Slavko Zupcic, dice así: «Ese día, lo recuerdo muy bien, decidí que robaría un libro mientras esperaba el autobús de la alcaldía. Cuando finalmente llegué, me senté junto a una señora que venía de las aguas termales y, luego de encender el *walkman*, escuché a Charly García durante los quince minutos que demoramos en llegar al centro comercial, en la avenida Bolívar». Si hay dos palabras relacionadas con el espíritu de la antología de Alberto Fuguet y Sergio Gómez son precisamente *walkman* y «centro comercial» (por no hablar del *rock*).

Estamos ante un muestrario exhaustivo de nuevos nombres, más allá de Bogotá 39 y de las apuestas editoriales españolas. Creo que el mejor modo de recibir la propuesta es como invitación a la lectura gratuita y abierta. En ese sentido, el trabajo de Trelles es encomiable. Así que ahora sólo falta que vaya a www.piedepagina.com y comience su propia exploración. ■

INTRIGA CRIMINAL. PÁGINAS PROTAGONIZADAS POR FERNANDO DE ROJAS, AUTOR DE «LA CELESTINA». JUNTO A ESTAS LÍNEAS, LA PORTADA DE LA EDICIÓN DE 1514



LA CUEVA DE SALAMANCA

EL MANUSCRITO DE PIEDRA
LUIS GARCÍA JAMBRINA

ALFAGUARA. MADRID, 2008
316 PÁGINAS. 18,50 EUROS

JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS

Resulta difícil, cuando se va leyendo esta buena novela, no pensar en *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, y lo digo para resaltar sus cualida-

des, ya que el italiano dio un giro muy inteligente a la novela histórica, giro que modificó el panorama del género, al vincularla a dos tipos de lectores no incompatibles desde entonces: el lector culto, quien goza con la recreación de una época en la que reconoce el palimpsesto de lecturas que hay detrás de las páginas actuales, y el lector de la novela de intriga criminal, interesado en saber quién y por qué ha ejecutado los



LO MEJOR DE ESTA NOVELA ES QUE LOS INGREDIENTES DE VERDAD HISTÓRICA ESTÁN PUESTOS AL SERVICIO DE UNA MUY BIEN URDIDA TRAMA DE INVESTIGACIÓN QUE SE LEE APASIONADAMENTE

cas y tramas urdidas de manera facilona o estridente, con tantos efectos especiales como endeblez de trama y conocimientos históricos, con códigos mal interpuestos. Por eso reconforta la de Luis García Jambriña, que nada tiene que ver con esas derivas. Volvemos por fortuna a donde estábamos con Eco.

Que el autor de *El manuscrito de piedra* sea profesor de literatura en la Universidad de Salamanca, que el protagonista se llame Fernando de Rojas, en su época de estudiante, y que al final aparezca la vieja Celestina, a la que se había aludido de pasada a mitad de la novela; incluso que en un momento dado (página 301) el lector oiga a Rojas decirle a su amada Sabela las mismas palabras con las que da comienzo la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, todo ello no es casual, opera en la opción de un novelista que ha decidido meterse en un ámbito que le es cercano y para el que se ha documentado bien, como reflejan los libros de los que da cuenta en un apéndice, y que son sólo parte de los que el lector culto va reconociendo cuando lee, porque hay otros conocimientos de Retórica y de cultura del Humanismo que ese apéndice no recoge. Pero llamo la atención sobre que no es una novela de profesor, ni un pestiño cultista. Nada de eso.

¿QUIÉN ES EL ASESINO? Lo mejor de la de García Jambriña es que los ingredientes de verdad histórica, de conocimientos sobre urbanismo de la Salamanca del XV, de cultura literaria y de la vida universitaria, política y religiosa de finales del siglo, están puestos al servicio de una muy bien urdida trama de investigación que se lee apasionadamente, como debe leerse una novela así, queriendo saber quién es el asesino y por qué ha hecho así lo que ha hecho. Obviamente, este tipo de novela se la juega en que tales preguntas tengan interés y una crítica sobre ella debe guardar la regla de oro de no desvelar nada que sea necesario conocer por el lector para su disfrute, que lo tiene garantizado con ella; eso sí lo adelanto.

Considerada literariamente, hay dos condiciones de la novela histórica que esta novela sabe ejecutar.

La primera es el cuidado por una ambientación creíble. Lo principal de esa partida se juega en el lenguaje. El de Luis García Jambriña está muy elaborado. Tiene condiciones sobradas de dominio léxico sobre las prendas de vestir, sobre los rangos de los estudios, sobre cómo se llamaba en oratoria una cosa, la manera de ser de unas oposiciones a cátedra, el tipo de debates imperante; incluso se permite a menudo una imitación muy bien realizada de discursos realizados al modo de la época, como por ejemplo la argumentación oratoria que exhibe el joven Rojas al defender a su padre, o los diálogos que varían según sea la calidad del interlocutor. Incluso con matices muy bien ironizados, como se ve en los tenidos con fray Antonio, el herbolario, o el muy sabroso habido con el franciscano Fray Germán de Benavente.

EL «DECORUM» CLÁSICO. Haber cuidado ese detalle del modo de hablar distinto, según la calidad del interlocutor, eso que los clásicos llamaban *decorum*, y que tenían muy en cuenta, es condición que eleva a la novela de García Jambriña, porque no es nada fácil de hacer. Tengo que decir que incluso tal exigencia le ha llevado a extremos que dejarán en algún momento insatisfechos, por quedar fuera, a algunos lectores, como es el excursu culto en la cueva de Salamanca, en el diálogo con Fernando de Roa, al bajar a menudencias sobre la réplica del techo de la Biblioteca, y sus alegorías. También le ocurrió a Eco con ciertos pasajes de su obra; es difícil que no se vaya la mano en algún momento. Pero aquí ocurre esa única vez.

La segunda condición literaria satisfiecha es la urdimbre de la trama, que no abandona nunca el interés. Por ricos que se muestren los contextos sobre la difícil vida de los conversos o sobre los problemas políticos de la de sucesión de los Reyes Católicos, Luis García Jambriña no pierde el hilo que sostiene la intriga. Ese equilibrio tampoco resultaba fácil, cuando tanto se ha documentado. Pero una novela es una novela. Y decir de ésta que nunca deja de leerse como tal, me parece de justicia y una de sus mejores cualidades. ■



UNO DE LOS «NUEVOS MISTERIOS DE PARÍS»
 ESCRITOS POR LÉO MALET, CUYO ESCENARIO ES EL DISTRITO XIII

Nestor Burma en la niebla

NIEBLA EN EL PUENTE DE TOLBIAC
LÉO MALET

TRADUCCIÓN DE LUISA FELIU
 LIBROS DEL ASTEROIDE. BARCELONA, 2008
 176 PÁGINAS, 16,95 EUROS

MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

Léo Malet (1909-1996) fue un notable autor de novelas policíacas y también el protagonista de una intensa biografía novelesca sostenida por una vida azarosa en la que, además de la escritura, hubo oficios muy diversos, poesía, artes plásticas, participación en el grupo surrealista, compromisos políticos entre el trotskismo y el anarquismo, prisión, altas y bajas vitales que marcaron su obra y sus pasos. Una personalidad que se revela plenamente en su *Journal secret* (1997).

Nestor Burma, su detective, es un personaje deslenguado, de verbo florido (es preciso elogiar el esfuerzo de Luisa Feliu, su traductora), agrio en ocasiones, tierno en otras, vagamente libertario, que mantiene unas peculiares relaciones de desconfianza y desprecio con el orden establecido y sus representantes, alguien que conoce bien las calles más recónditas de un París que iba a ser derribado poco a poco; las calles más populares y proletarias, por haberlas pateado sin descanso, escenario de las vidas de los marginales, los descampados de los vagabundos, los nómadas, la «gente del viaje». Una poética de la errancia callejera cercana a la de Prévert y también a la de Jacques Réda.

Niebla en la puente de Tolbiac es un buen exponente de esos «nuevos misterios de París» proyectados por Malet hacia 1954, cuando decidió que su detective investigara una serie de casos que tuvieran como escenario los distintos distritos de París. Hasta 1959 aparecieron diecisiete novelas; entre ellas, esta dedicada al distrito XIII, la actual Chinatown, escenario de un misterioso caso de atraco protagonizado por viejos anarquistas que pasaron del activismo político visionario a la delincuencia común (con un toque de exotismo gitano muy presente en el extrarradio de la época).

A Nestor Burma el barrio de la *rue de Tolbiac*, sobre todo cuando la niebla cae como plomo en sus calles, le trae malos recuerdos, pero es a Léo Malet a quien verdaderamente se los trae. Sabe de qué habla cuando habla de la miseria. Los «vegetalinos» a los que se refiere en esta novela son los mismos con los que vivió en su época de mayor penuria en el París de 1925, cuando quiso llegar a ser cantante del cabaret *La vache enragée*. Estricta novela policíaca o no, cercana a veces al fantástico social de Mac Orlan, Malet sabía de qué hablaba cuando lo hacía de las calles del infortunio y la mala suerte. ■

asesinatos. Interés que no es menor en el caso de aquel lector culto, que al fin y al cabo sigue las reglas familiares del género de novela de investigación criminal.

EFFECTOS ESPECIALES. Luego de Umberto Eco vinieron las depauperaciones de falsas novelas históri-

XXVI Premio Heralde de Novela

<p>DANIEL SADA Casí nunca Ganador: "De mi generación admiro a Sada" (Roberto Bolaño)</p>	<p>IVÁN THAYS Un lugar llamado Oreja de Perro Finalista: "Ha dedicado su vida a la literatura" (Mario Vargas Llosa)</p>
--	---

ANAGRAMA

ABC 15



La entrada de la Cueva de Salamanca, ¿una antigua puerta al tenebroso reino de Lucifer?

Salamanca, espejo oscuro

Hay dos Salamancas, una dorada y luminosa, y otra oscura y secreta. El escritor y colaborador de ABC **Luis García Jambrina propone un viaje escénico a los misterios de esta ciudad** doble cuyo epicentro es la famosa Cueva, refugio de nigromantes

POR **JUAN I. GARCÍA GARZÓN**
FOTO **DAVID ARRANZ**

MADRID. En su novela «El manuscrito de piedra», Luis García Jambrina convierte al escritor Fernando de Rojas en detective que investiga en la Salamanca de finales del siglo XV el asesinato de un teólogo, lo que da pie a un ameno y muy documentado recorrido por la ciudad renacentista brillantemente inserto en una trama que mantiene al lector en vilo, y a penetrar en algunos aspectos misteriosos de la villa difuminados por el velo de lo oculto.

Las cinco ediciones que lleva vendidas desde su aparición en librerías a finales del año pasado, han colocado este título entre los destacados de las listas de éxitos editoriales; en la última feria del libro salmantina, fue ca-

paz de desbancar entre los más vendidos al mismísimo Stieg Larsson.

La calidad de la novela y su notable conexión con los lectores motivaron que Turismo de Salamanca organizase una denominada «Ruta negra» que aportaba nuevos alicientes a la siempre grata visita a la ciudad del Tormes. El itinerario tenía como objetivo ir «tras los pasos de Rojas: en busca del Manuscrito de Piedra». Se trataba de «un recorrido histórico-legendario por algunos de los escenarios de la novela» en una ruta que comenzaba en el convento dominico de San Esteban y pasaba por el Colegio Mayor de San Bartolomé, hoy Palacio de Anaya, y la Catedral, además de otros espacios citados en la narración, y concluía en la Cueva de Salamanca.

Precisamente, ese lugar

tan cargado de referencias esotéricas es escenario de «Verano en la Cueva», una propuesta teatral que, hasta el 12 de septiembre, desarrolla la historia mítica de ese reducto de saberes prohibidos cuya entrada está situada, según se supone, en la cripta de la antigua iglesia de San Cebrián. Luis García Jambrina ha escrito un diálogo para dos actores inteligentemente dirigido por Mariano de Paco, aprovechando las características del enclave. Un conferenciante explica la leyenda a los visitantes, que se acomodan en ese espacio de varias alturas, mientras uno de los presentes le cuestiona continuamente.

Lecciones diabólicas

Mediante esa controversia, García Jambrina relata cómo el Diablo «daba clases de nigromancias y ciencias ocultas a siete alumnos, durante siete años, bajo la luz de una vela incombustible y en la cripta de la iglesia de San Cebrián, a cambio, eso sí, de que uno de ellos se quedara a su servicio una vez concluidos los estudios». El público asiste a la na-

rración precisamente junto a esa cripta, que la tenue frontera de las últimas horas de la tarde y las primeras de la noche convierte, con la ayuda de una sugerente iluminación, en un ámbito mágico e inquietante.

Se habla de que fue Hércules, de paso por estas tierras en uno de sus doce trabajos, quien abrió la cueva y depositó en ella diversos códices pertenecientes a las siete artes liberales; en ese enclave herculino, a través del cual el semidiós accedió a los infiernos para domeñar al can Cerbero, funcionó un estudio que sería la semilla mítica de la Universidad salmantina y que desapareció tras el viaje del apóstol Santiago a España. En su momento, el Diablo sólo tuvo que hacer el camino inverso

Se cuenta que fue el mismísimo Hércules, en uno de sus doce esforzados trabajos, quien abrió la cueva

al de Hércules para reclutar adeptos. Para acabar con ese bastión nigromántico, el obispo Berengario decidió construir sobre la Cueva la Catedral. Pero había otras entradas al inframundo conectadas por una red de galerías que constituían una verdadera ciudad subterránea, espejo oscuro de la Salamanca diurna; sobre una de esas entradas, también en el siglo XII, se levantó la iglesia de San Cebrián y fue la mismísima Isabel la Católica quien a finales del XV mandó tappar la entrada a la Cueva.

El conferenciante y el reventador van dando así cuenta de la fascinante existencia de una ciudad doble, una interior y otra exterior, «una visible y otra invisible, una brillante y otra oscura, una histórica y otra intrahistórica, una consciente y publicitada y otra inconsciente y reprimida, una ensalzada y otra maldita». Una historia de erudición y ocultismo que forma parte de la intriga de «El manuscrito de piedra» y que Jambrina ha acertado a resumir en una breve pieza vibrante y muy entretenida, que el público —la entrada es libre— sigue con atención y el ánimo en suspenso, hechizado por la fuerza de la historia y el magnetismo del lugar.

Salamanca, naturalmente

Publicado en *La Voz de Galicia*, Culturas, Sábado, 12 de septiembre de 2009

EL PROFESOR LUIS GARCÍA JAMBRINA SE SITÚA ENTRE LOS GRANDES DE LA NOVELA ESPAÑOLA CON LA PUBLICACIÓN DE «EL MANUSCRITO DE PIEDRA»

Entre las más hermosas y mejor escritas novelas que vieron la luz durante el pasado año —que no fueron pocas, precisamente—, brilla con una muy potente luz un libro de Luis García Jambrina, *El manuscrito de piedra*. Profesor de literatura, y además de ello crítico literario excelente —cosa que, y uno no sabe muy bien por qué, siempre ha despertado cierto recelo entre los del mismo oficio, léase lo que decía don Gonzalo Torrente Ballester al respecto—, García Jambrina demuestra con esta obra que ha llegado, en lo que a la novela atañe, a donde se esperaba que lo hiciese. Sí, a fe que lo ha logrado, verdaderamente. Gran conocedor de la tradición literaria española, el autor de *El manuscrito de piedra* ha publicado una obra que viene a dejar patente, además, que el hecho de conocer en especial profundidad el legado de Cervantes, y en general el de todos nuestros grandes clásicos, hace escribir de otra manera. La huella del creador del Quijote, tan presente ya en autores como Julia Uceda o Miguel García-Posada, también se percibe con intensa claridad en las páginas de este narrador, nacido a comienzos de la década de los sesenta.

Digamos, sin miedo a dejarnos llevar por los entusiasmos —en los que nada de malo hay, o al menos así lo piensa uno, cuando son sinceros—, que *El manuscrito de piedra* es una novela deliciosa. ¿Una novela de género...? Hombre, ustedes juzgarán. Si acaso, una novela que contempla a una cierta distancia a aquellas que al lector lo han hecho sonreír tantas veces. ¿Una novela histórica...? ¡Bastante más que eso! ¿Una novela detectivesca...? Creo que no, desde luego. La de Luis García Jambrina, aun teniendo por escenario la mágica



JULIO GARCÍA

La novela tiene por escenario la Salamanca que decía adiós a la Edad Media



NOVELA

«El manuscrito de piedra»

Luis García Jambrina. Editorial Alfabuara. 318 páginas. 18,50 euros. ***

Salamanca de los tiempos de Fernando de Rojas —de un joven Fernando de Rojas, en este caso, apuntémoslo para irnos entendiendo—, en la que el más tarde autor de *La Celestina* investiga un crimen —el asesinato de un profesor de Teología—, es, en realidad, o eso es lo que a mí me parece, una novela sobre el amanecer en España del Renacimiento. Otra cosa es que el novelista juegue con el lector hábilmente, confiando en todo momento en su complicidad. Por supuesto, haciendo gala de un humor inteligente. Y conviene no dejar de anotar tampoco, por último, el profundo conocimiento que García Jambrina demuestra tanto de la ciudad, de esa Salamanca impagable, como de una época en la que se diluían, a uña de caballo, las brumas de la Edad Media.

Ramón Loureiro

El misterio de la Celestina

SERGIO VILA-SANJUÁN

La tradición del misterio literario está en auge. En el campo anglosajón la ha reavivado sobre todo el estadounidense Matthew Pearl con sus novelas de suspense protagonizadas por escritores reales como Longfellow (*El club Dante*), Poe o, ya esta temporada, Charles Dickens. Claro que es una tradición que viene de lejos en una cultura donde los manuscritos perdidos de Shakespeare inspiraron, entre otras, algunas de las clásicas investigaciones del detective Ellery Queen. En el mundo latino la intriga histórica de base literaria tiene su gran referente en *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, novela publicada en 1980 que ha resultado decisiva en la deriva tomada por una parte de la narrativa europea, especialmente por lo que se refiere a la fecundación mutua entre alta cultura y narrativa popular.

En el campo español los monarcas indiscutibles hasta el momento del misterio literario son Arturo Pérez Reverte y Carlos Ruiz Zafón, ambos autores de exitosísimas historias articuladas en torno a enigmas bibliófilos. En cambio, que yo recuerde no había cuajado en serio hasta ahora ninguna propuesta que, a la manera de Pearl, convirtiera a un escritor real célebre en investigador protagonista de una historia. Por eso me ha llamado mucho la atención *El manuscrito de piedra*, de Luis García Jambrina (Zamora, 1960), que no sólo no tiene nada que envidiar a las obras de Pearl sino que en mi modesta opinión las supera holgadamente. El autor, profesor de Literatura Española en la Universidad de Salamanca, ha urdido una trama ambientada a fines del



El escritor Luis García Jambrina

MERCEDES GÓMEZ BLESA

siglo XV en esta histórica ciudad colegial castellana que tiene como protagonista a Fernando de Rojas, futuro autor de *La Celestina*, a quien un obispo encarga averiguar quien está detrás de los asesinatos de un teólogo y un príncipe. La novela combina a la perfección la estructura clásica de novela detectivesca con un conocimiento que se percibe real, profundo y reposado del ambiente salmantino del primer Renacimiento y de la literatura de la época, lo que diferencia a *El manuscrito de piedra* de tantos productos de género histórico que suenan impostados por la rápida asimilación de conceptos y atmósferas que sus autores se han visto obligados a realizar.

García Jambrina me cuenta que la idea de su novela surgió como prolongación de un libro de relatos, *Muertos S.A.* (2005), en los que especuló con enigmas como la autoría del *Lazarillo de Tormes* o las circunstancias de la muerte de Unamuno, y donde ya advirtió las posibilidades mágicas de ciudades como Toledo o Salamanca. *El manuscrito de piedra*, publicado por Alfaguara en 2008 sin grandes alharacas, se ha visto objeto de sucesivas reediciones y premios, dio origen a una ruta literaria y su difusión ha ido yendo a más. Tras leerla con retraso, me sumo a quienes esperan la nueva intriga histórica del escritor zamorano, actualmente en elaboración.

svilas@lavanguardia.es